

Capítulo 1

Hay lugares adonde van los chicos como yo. Chicos tristes, malos, aburridos, solitarios, chicos diferentes. Se nos puede encontrar allí cualquier día de la semana si se sabe dónde buscar: detrás de las tiendas, en callejones, bajo los puentes a la orilla de canales o ríos, tras los garajes, en cobertizos o en descampados. Somos miles. Si se nos quiere encontrar, claro... La mayoría de la gente no quiere. Si nos ven, miran hacia otro lado, fingen que no estamos ahí. Es más fácil así. Nadie se cree toda esa mierda de que hay que darle a todo el mundo una oportunidad... Al vernos se alegran de que no estemos en el colegio con sus hijos, molestando en sus clases, amargándoles la vida. Los profesores también se alegran. ¿Quién cree que se preocupan cuando pasan lista y no estamos? Por favor... Se echan a reír. No quieren a los chicos como nosotros en sus clases y tampoco nosotros queremos estar en ellas.

Muchos andan por ahí en grupitos de dos o tres, matando el tiempo. A mí me gusta ir por libre. Me gusta ir a los lugares en los que no hay nadie, donde no tengo que mirar a la gente y así no tengo que ver sus números.

Por eso me cabreeé cuando llegué a mi refugio favorito, junto al canal, y me encontré que alguien había llegado allí antes que yo. Además, si hubiera sido cualquiera, un extraño, algún viejo vagabundo o un yonqui, me habría ido a otra parte sin más. Pero, como tengo tanta suerte, se trataba de otro de los chicos de la clase «especial» del señor McNulty: ese tío hablador, larguirucho y que no paraba quieto que se llamaba Spider.

Se rió al verme, vino directo hacia mí y agitó un dedo acusador delante de mi cara.

—¡Chica mala, muy mala! ¿Qué estás haciendo aquí? Me encogí de hombros y miré al suelo.

Él siguió agobiándome.

—¿No podías aguantar más al McNútil? Te entiendo, Jem; es un psicópata. No deberían dejarle salir a la calle, ¿a que no?

Spider es muy grande, muy alto. Y es una de esas personas que siempre se te acerca demasiado, que no entiende que debe mantener las distancias. Normal que se meta en tantas peleas en el colegio. Está encima de ti todo el tiempo. Hasta puedes olerlo. Incluso si consigues zafarte y alejarte de él, te lo vuelves a encontrar ahí... No sabe interpretar las señales, no pilla las indirectas. No llegaba a verlo bien porque el borde de la capucha me bloqueaba la vista, pero cuando acercó su cabeza a la mía antes de que yo me apartara instintivamente, nuestros ojos se encontraron un segundo y lo vi. Su número. 15122009. Y eso me hizo sentir aún más incómoda. Pobre tipo... No tenía ninguna oportunidad con un número como ése, ¿verdad?

Todo el mundo tiene uno, pero supongo que yo soy la única que los ve. Bueno, no es que los vea *exactamente*; aparecen en el aire, dentro de mi cabeza. Los siento ahí,

en algún lugar detrás de los ojos. Pero son reales. No me importa si la gente me cree o no. Que hagan lo que quieran, porque yo sé que son reales. Y sé qué significan. Lo descubrí el día que le tocó a mi madre.

Desde que tengo memoria, siempre he visto los números. Creía que todo el mundo los veía. Al caminar por la calle, si alguien me miraba a los ojos, allí estaba su número. Yo le decía a mi madre los números de la gente mientras ella me llevaba por ahí en la sillita. Creía que le gustaría, que pensaría que yo era muy lista. Sí, claro.

Íbamos bastante rápido por High Street, de camino a la oficina de los Servicios Sociales para recoger su asignación semanal. Los jueves normalmente eran días buenos. Pronto, muy pronto, podría ir a comprar esa cosa a la casa tapiada que había en nuestra calle, un poco más abajo, y ella sería feliz durante algunas horas. Todos los músculos tensos de su cuerpo se relajaban, me hablaba e incluso, algunas veces, me leía un cuento. Mientras íbamos volando por aquella calle yo gritaba alegremente los números de las personas que nos encontrábamos.

—¡Dos, uno, cuatro, dos, cero, uno, nueve! ¡Siete, dos, dos, cero, cuatro, seis!

De repente mamá dio un tirón a la sillita para detenerla y la rodeó para mirarme. Se agachó y agarró ambos lados del armazón de la silla con las manos, lo que hizo que sus brazos formaran una especie de jaula. Sujetaba la silla con tanta fuerza que podía verle los tendones que le sobresalían de los brazos, y los moratones y los pinchazos se veían más claramente que nunca. Me miró directamente a los ojos con la cara llena de furia.

—Escúchame, Jem. —Me escupió esas palabras a la cara—. No tengo ni idea de lo que estás haciendo, pero

quiero que pares. Me estás volviendo loca. Y hoy no puedo con eso, ¿vale? No puedo más, así que ya... cállate... maldita sea. —Las sílabas picaban como avispas furiosas y su veneno volaba a mi alrededor. Y durante todo ese tiempo, todo el rato que estuvimos mirándonos a los ojos, su número estaba allí, grabado en el interior de mi cabeza: 10102001.

Cuatro años después vi cómo un hombre con un traje desaliñado lo escribía en una hoja de papel: «Fecha de la muerte: 10/10/2001.» La encontré por la mañana. Me levanté, como todos los días, me puse la ropa del colegio y me serví unos cereales sin leche, porque la que había olía mal cuando la saqué de la nevera. Dejé el cartón a un lado, puse la cafetera y me comí los cereales mientras hervía el agua. Después le serví un café cargado a mi madre y se lo llevé con cuidado a su habitación. Todavía estaba en la cama, inclinada hacia un lado. Tenía los ojos abiertos y había algo, vómito, encima de su cuerpo y por las mantas. Dejé el café en el suelo, al lado de la aguja.

—¿Mamá? —dije, aunque ya sabía que no iba a responderme. No había nadie allí. Se había ido. Y el número también. Podía recordarlo, pero ya no lo veía cuando miraba esos ojos apagados y vacíos.

Estuve allí de pie unos minutos o unas horas (no lo sé) y después bajé las escaleras y le conté a la mujer que vivía en el piso de abajo lo que pasaba. Ella subió a ver. Me hizo esperar fuera del piso (como si no lo hubiera visto todo ya, vieja estúpida). Solamente desapareció durante treinta segundos y, de repente, salió corriendo, me apartó a un lado y vomitó en el rellano. Cuando terminó, se limpió la boca con su pañuelo, me llevó otra vez a su piso y llamó a una ambulancia. Entonces vino toda aque-

lla gente: personas con uniformes (policías, personal de la ambulancia, gente con traje), como el hombre que llevaba el portafolio con los papeles. También vino una mujer que me habló como si fuera tonta y me sacó, así sin más, del único lugar que había conocido.

En su coche, camino de quién sabe dónde, no dejaban de venirme esas cosas a la cabeza; esta vez, no eran los números sino las palabras. «Fecha de la muerte.» «Fecha de la muerte.» Si hubiera sabido lo que significaban los números, se lo habría dicho, la habría detenido, no sé... ¿Pero habría habido alguna diferencia si ella hubiera sabido que sólo teníamos siete años para estar juntas? Seguro que no. Habría seguido siendo una yonqui. No había nada sobre la Tierra que hubiera podido detenerla. Estaba enganchada.

No me gustaba nada estar allí, bajo el puente, con Spider. Sabía que estaba al aire libre, pero me sentía encerrada, atrapada allí con él. Ocupaba todo el espacio con sus brazos y piernas larguiruchos que no dejaban de moverse, de sacudirse casi como si tuviera calambres. Y ese olor... Lo esquivé y salí en dirección al camino que había junto a la orilla.

—¿Adónde vas? —gritó a mi espalda, y su voz resonó contra las paredes de hormigón.

—Sólo estoy caminando —murmuré.

—Bien —dijo acercándose hasta llegar a mi altura—. Caminaremos y hablaremos —dijo—, caminaremos y hablaremos.

Cuando me alcanzó, se puso demasiado cerca de mi hombro y chocaba continuamente contra mí. Yo seguí adelante con la cabeza baja, la capucha puesta y el estrecho camino de gravilla y basura bajo mis zapatillas depor-

tivas. Él trotaba a mi lado. Debíamos de parecer tan estúpidos allí los dos: yo demasiado baja para mis quince años y él como una jirafa negra a la carrera. Intentó iniciar una conversación, pero lo ignoré. Esperaba que se rindiera y se largara. Nada que hacer. Supuse que tendría que decirle que me dejara en paz para poder librarme de él, e incluso así probablemente no lo conseguiría.

—Así que eres nueva por aquí, ¿eh? —Se encogió de hombros—. ¿Te echaron de tu anterior colegio? Fuiste una chica mala, ¿eh?

Me echaron del colegio, de mi último «hogar» y del anterior y del que hubo antes que ése, también. Parece que la gente no sabe qué hacer conmigo. No entienden que necesito un poco de espacio. Siempre me están diciendo lo que tengo que hacer. Creen que las normas, las rutinas, las manos limpias y los buenos modales harán que todo vaya bien. Pero no tienen ni idea.

Se metió la mano en el bolsillo.

—¿Quieres un cigarro? Tengo unos cuantos, mira.

Me detuve y vi cómo sacaba un paquete arrugado.

—Vale.

Me pasó un cigarrillo y me dio fuego con su mechero. Me incliné un poco hacia delante e inhalé hasta que se encendió, aspirando el fuerte olor de Spider a la vez. Me eché atrás de prisa y dejé escapar el humo.

—Gracias —dije entre dientes.

Encendió su cigarrillo como si fuera lo mejor del mundo, exhaló el humo de una forma muy teatral y sonrió. En ese momento pensé: «Le quedan menos de tres meses, eso es todo. Todo lo que tiene este desgraciado en la vida es escaparse del colegio y fumarse un pitillo junto al canal. Nadie diría que eso es vida, ¿verdad?»

Me senté en un montón de viejas traviesas de ferrocarril. La nicotina hacía que estuviera menos tensa, pero nada conseguía calmar a Spider. No paraba un segundo: subía a las traviesas, saltaba de ellas, hacía equilibrios de puntillas en el borde del canal, volvía a saltar... Pensé: «Así es como se va a matar este idiota; saltará de alguna parte y se romperá el cuello.»

—¿Nunca te estás quieto? —le dije.

—No, no soy una estatua. Ni una figura de cera como las del museo de Madame Tussauds. Soy todo energía, tía.

Bailoteó un poco allí mismo, en el sendero. Me hizo sonreír, no pude evitarlo. Me pareció que era la primera vez en años. Él me devolvió la sonrisa.

—Tienes una sonrisa muy bonita —me dijo.

Entonces exploté. No me gustan los comentarios personales.

—Pírate, Spider —le pedí—. Lárgate y déjame.

—Relájate, tía. Eso no significa nada.

—Sí, bueno... Pero no me gusta.

—Tampoco te gusta mirar a la gente, ¿verdad? —Me encogí de hombros—. La gente cree que estás en tu mundo porque siempre andas mirando al suelo, nunca miras a nadie a los ojos.

—Bueno, eso es cosa mía. Tengo mis razones.

Él se volvió y le dio una patada a una piedra que cayó al canal.

—Lo que tú quieras. Está bien, no volveré a decirte nada agradable, ¿vale?

—Vale —respondí.

Oía campanas de alarma sonando en el interior de mi cabeza. Una parte de mí deseaba eso más que nada en el mundo: tener a alguien con el que ir por ahí, ser como

6
7
4
4
7
4
4
20
24
7
4
2
4
6
4
24
2067
7
4
5
24
32 1

todos los demás durante un rato. Pero el resto de mí gritaba que saliera pitando de allí para que todo aquello no me atrapara. Te acostumbras a alguien, incluso empieza a gustarte, y luego te deja. Al final, siempre te abandonan. Lo miré mientras saltaba de un pie a otro sin parar para, de repente, coger unas cuantas piedras y ponerse a lanzarlas al agua.

«Ni lo menciones, Jem. En unos meses se habrá ido», pensé.

Mientras me daba la espalda, me levanté en silencio de mi asiento en las traviesas y empecé a correr. Sin explicaciones, sin despedidas.

Lo oí gritar detrás de mí.

—Oye, ¿adónde vas? —Yo sólo quería que se quedase allí, que no me siguiera. Su voz se fue apagando mientras yo aumentaba la distancia entre ambos—. Vale, haz lo que quieras. Te veré mañana, tía.

Capítulo 2

El McNútil había decidido darnos caña. Alguien debía de haberle apretado las tuercas antes de venir a clase... Fuera lo que fuera, ese día había decidido ponernos las pilas. Nada de armar escándalo, ni de conversaciones por lo bajini. Todos con las cabezas agachadas y haciendo un examen de comprensión textual, treinta minutos de tiempo. Lo que me pasa a mí es que, cuando alguien me dice que haga algo en un tiempo concreto, tengo el siguiente problema: quiero mandarles a la mierda y hacerlo a mi ritmo, cuando me apetezca. Incluso si se trata de algo que tengo ganas de hacer (que no era el caso). Que nadie piense cosas raras: sé leer, más o menos, pero no voy muy rápido. Es como si mi cerebro necesitara tiempo para poner en orden las palabras. Si intento leer rápido, todo se me enreda y las palabras acaban por no tener ningún significado.

Pero esta vez me esforcé para hacerlo lo mejor posible. De verdad. Karen, mi madre de acogida, me había soltado el sermón por hacer novillos. Seguro que todo el mundo sabe cómo es eso, ¿verdad? «Tienes que hincar los codos... Es importante que saques buenas notas... En

la vida no hay segundas oportunidades...» Habló con el colegio, con mi asistente social... Con todos los sospechosos habituales, y supongo que yo simplemente no tenía ganas de que siguiera montando más lío con todo eso. Decidí aguantarlo, tragar durante un tiempo para ganar un poco de espacio para respirar.

Todos los demás también estaban callados, para variar. Habían notado el McNútil estaba de un humor de perros y preferían no forzar las cosas. Algunos se removían un poco en los asientos y suspiraban, pero prácticamente todo el mundo estaba sentado, quieto y trabajando (o al menos fingiendo que trabajaban) cuando, sin previo aviso, se produjo un estruendo en la clase. La puerta osciló sobre sus goznes, golpeó con fuerza contra la pared que tenía detrás y Spider entró como si fuera una bala de cañón, tropezando con sus propios pies y casi cayendo al suelo. Instantáneamente el ambiente anterior quedó destrozado. Los alumnos empezaron a vitorearlo y abuchearlo a la vez, sin dejar de gritar.

El McNútil no estaba impresionado.

—¿Qué es lo que pretende entrando aquí de esa manera? Haga el favor de salir de nuevo al pasillo y volver a entrar como una persona civilizada.

Spider dejó caer los hombros con un suspiro exagerado y puso los ojos en blanco.

—Venga, va, señor. Ya estoy dentro, ¿no? Ya estoy aquí.

McNulty habló con voz tranquila pero con firmeza, como si ya le estuviera costando mantener la calma.

—Limítese a hacer lo que le digo y empezaremos de nuevo.

—¿Pero a qué viene esto, señor? No tengo por qué

estar aquí, pero aquí estoy. Listo para aprender, señor. —Nos dirigió una mirada irónica al resto de nosotros a la que respondimos con un abucheo—. ¿Por qué quiere humillarme ahora?

El McNútil inspiró hondo.

—No sé por qué ha decidido unirse a nosotros hoy, pero algo lo ha traído hasta aquí. Así que, si quiere apuntarse, cosa que espero que haga, primero tendrá que salir y volver a entrar tranquilamente como le he pedido y así podremos seguir con la clase.

Se produjo una larga pausa mientras ambos se miraban fijamente a los ojos. El resto de nosotros nos quedamos callados, esperando a ver cómo se desarrollaba la cosa. Por una vez Spider estaba bastante quieto, allí plantado, mirando al McNútil sin pestañear y sólo balanceando una pierna. De repente se volvió y salió, tal cual. Todos los ojos que había en la clase lo miraron salir y siguieron observando el umbral vacío. ¿Se habría ido por las buenas? Se produjo un murmullo por lo bajo cuando reapareció, erguido en toda su estatura y tan tranquilo como si nada hubiera pasado. Se detuvo en el umbral.

—Buenos días, señor —dijo, y saludó con la cabeza en dirección al McNútil.

—Buenos días, Dawson. —La mirada de McNulty era cautelosa; no estaba muy seguro de cómo tomarse la aparente rendición de Spider. Estaba preocupado porque la victoria había sido demasiado fácil. Puso la hoja del examen, papel y un bolígrafo en la mesa de Spider—. Ven y siéntate, muchacho, y ponte a hacer esto lo mejor que puedas. —Spider caminó hasta su mesa mientras McNulty volvía a la parte de delante y se quedaba de pie allí, observándonos—. Está bien, todos a lo vues-

tro. Os quedan veinticinco minutos. Vamos a ver qué podéis hacer.

Pero la inesperada aparición de Spider había cambiado el ambiente. Ahora estábamos agitados y había un murmullo continuo. Todo el mundo estaba inquieto; se oían conversaciones por lo bajini y constantemente las patas de las sillas al arrastrarlas por el suelo. McNulty seguía llamándole la atención a la gente, intentando recuperar el control de la situación.

—No levanten la vista de la hoja. Y dejen las manos quietas. —Pero estaba librando una batalla perdida.

En cuanto a mí, las palabras que tenía delante no hacían más que bailar. No tenían ningún sentido ni patrón, y eran tan incomprensibles como el chino o el árabe. Es que no podía dejar de preguntarme si era yo la razón por la que Spider había vuelto. Junto al canal pensé que había sentido el principio de una conexión entre ambos y eso me asustó. Le había estado evitando desde entonces, pero no tenía razones para pensar que Spider había vuelto a pensar en mí, hasta ahora. Porque podría jurar que, cuando iba camino de su mesa, me había mirado y guiñando un ojo. Maldito gilipollas. ¿Quién se creía que era?

Pasada la hora de comer, el McNútil ya había tenido suficiente. Después de un rato de hablar sobre un ruido de fondo, risas y conversaciones continuas, de repente se detuvo.

—Bien, fuera libros, bolis y papeles. Todo. ¡Ahora mismo! —¿Qué es lo que tendría en mente ahora?—. Vamos, rapidito. Quitad todas las cosas de la mesa. Tenemos que hablar.

Ojos en blanco, bostezos... Vaya, ya nos la habíamos cargado y ahora nos iba a dar la charla. Guardamos las

cosas en las mochilas o en los bolsillos y esperamos para oír la bronca habitual: «Ésta es una conducta inaceptable... Os estáis perjudicando a vosotros mismos... Es una falta de respeto...» Pero no fue eso lo que pasó.

En vez de eso se puso a pasear entre las mesas deteniéndose para decirle algo a cada uno de nosotros antes de pasar al siguiente.

—Parado. Cajera. Basurero. —Cuando llegó a donde estaba yo ni siquiera tuvo que pararse a pensar un momento—. Limpiadora —me dijo, y siguió caminando. Llegó de nuevo a la parte delantera, se volvió y nos miró—. Vamos a ver, ¿cómo os hace sentir todo eso?

Nosotros nos quedamos mirando a las mesas o por la ventana. Nos hacía sentir exactamente como él quería que nos sintiéramos. Como una mierda. Todos sabíamos el tipo de futuro que nos esperaba después del colegio, no necesitábamos que un gilipollas engréido como él nos lo recordara.

—Yo me siento bien, señor —respondió de repente Spider—. Ésa no es más que su opinión, ¿no? No significa una mierda. Yo puedo hacer lo que quiera, ¿no es cierto?

—No, Dawson, y ahí está lo importante de la cuestión. Por eso quiero que me escuchéis todos. En este momento, con la actitud que estáis demostrando, hacia eso es hacia lo que vais. Pero si os aplicáis un poco más, os concentráis y os esforzáis para aprovechar vuestro último año aquí, todo puede ser diferente. Si os sacáis la secundaria y conseguís buenas notas aquí en el colegio, podréis llegar a mucho más.

—Mí madre es cajera. —Fue Charmaine quien lo dijo. Se sienta dos sitios por delante de mí.

—Sí, y no hay nada malo en ello, pero tú, Charmaine, podrías llegar a ser la encargada de la tienda si quisieras. Todos tenéis que mirar un poco más allá y pensar en lo que podéis conseguir. ¿Qué es lo que os imagináis haciendo? Vamos, decidme qué creéis que estaréis haciendo dentro de un año, de dos o de cinco. Laura, empieza tú.

Fue preguntando a toda la clase. La mayoría de mis compañeros no tenían ni idea o, mejor dicho, sabían que lo que McNulty les había dicho iba bastante bien encaminado. Cuando llego a Spider, contuve la respiración. ¿Qué diría el chico sin futuro?

Por supuesto, él aceptó el desafío del profesor. Se sentó en el respaldo de la silla, como si fuera a dirigirse a una multitud.

—Dentro de cinco años, yo estaré cruzando las calles en mi BMW negro, con el equipo de música a tope y con bastante dinero en los bolsillos.

Con eso se ganó más abucheos de los demás.

McNulty lo miró con aire irónico.

—¿Y cómo vas a conseguir eso, Dawson?

—Un poco de aquí y otro poco de allá, señor. Comprando y vendiendo.

La cara de McNulty cambió en un segundo.

—¿Robo, Dawson? ¿Tráfico de drogas? —preguntó con una voz gélida y meneando la cabeza—. Me deja sin habla, Dawson. Infringir la ley y alimentar la miseria. ¿Sólo aspira a eso?

—Es la única forma que tenemos los que somos como nosotros de conseguir dinero, tío. ¿Qué coche conduce usted, señor? ¿Ese Opel Astra, el rojo que hay en el aparcamiento? ¿Después de enseñar durante veinticinco años? Ya le digo desde ahora que yo no voy a conducir un Astra.

—Ande, siéntese en la silla, Dawson, y cálese. Que hable alguien más. ¿Y qué me dice usted, Jem?

¿Y cómo iba a saber yo lo que me iba a pasar? Ni siquiera sabía dónde iba a estar viviendo dentro de un año. ¿Por qué nos estaba torturando ese hombre, por qué nos lo estaba haciendo pasar tan mal? Inspiré hondo y dije con toda la dulzura de que fui capaz:

—¿Yo, señor? Yo sé lo que quiero.

—Pues muy bien. Cuéntenos.

Me obligué a mirarle directamente a los ojos. 25122023. ¿Cuántos años tendría ahora? ¿Cuarenta y ocho? ¿Cuarenta y nueve? Iba a morir más o menos justo en cuanto se jubilara. Y el día de Navidad. La vida es cruel, ¿verdad? Las navidades destrozadas para toda su familia durante el resto de sus vidas. Le estaba bien empleado a ese cabrón cruel.

—Quiero ser exactamente... como usted, señor.

Durante un segundo se le iluminó la cara y se le formó una media sonrisa, pero pronto se dio cuenta de que estaba cayendo en la trampa. Se puso serio y volvió a meñar la cabeza. Su boca se convirtió en una dura línea y se podían ver los huesos marcados en la mandíbula apretada.

—Saquen sus libros de matemáticas —ladró—. Me están haciendo perder el tiempo —murmuró entre dientes—. Perder el tiempo...

Al salir de clase, Spider chocó su mano con la mía. Normalmente no hago esas estupideces, pero mi mano se elevó para encontrarse con la suya como si tuviera voluntad propia.

—Me gusta tu estilo, tía —dijo asintiendo con aprobación—. Le diste bien. Apúntate una.

6
7
—Gracias —respondí—. ¿Spider?

—¿Qué?

—No andas con drogas, ¿verdad?

—No, no tomo nada fuerte. Sólo le estaba tomando el pelo. Es demasiado fácil a veces, ¿no? ¿Vas andando a casa?

—No, estoy castigada. —Tenía que esperar un par de minutos a que se fuera yendo la gente. Karen estaría esperándome en la puerta. Ahora me acompañaba al colegio y me recogía, sólo hasta que me «ganara su confianza». Y yo no iba a permitir que ninguno de mis compañeros me viera con ella.

—Ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos. —Le dio una patada a su mochila, que cruzó la puerta de la clase, y salió detrás de ella. Mientras lo miraba, pensé: «Mantente lejos de la drogas, Spider, por lo que más quieras. Son peligrosas.»